

sido los pájaros, que diseminan las simientes, los que han dejado, por casualidad, caer cerca de él algunas partículas de la noticia? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el peon caminero, dejando en mitad de la carretera sus herramientas y su zurrón, bajó la cuesta corriendo como si el diablo le persiguiese, y no se detuvo hasta llegar á la fuente.

Halló en ella á todos los vecinos del pueblo hablando en voz baja y con gran animación, pero sin revelar nada mas que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas miraban ante sí con estúpido aspecto y tendidas sobre el suelo, rumiaban lentamente, sin que aquel mezquino alimento pudiera indemnizarles de su trabajo. Al otro lado de la calle, y más ó ménos armados, hallábanse varios servidores del castillo, algunos postillones y todos los cobradores de impuestos del pueblo.

El peon caminero se mezcló á un grupo de cincuenta amigos íntimos, agitando vivamente su gorro azul.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué presagia el acto de subir M. Gabelle á la grupa del caballo de un criado de monseñor, que, á pesar de su doble carga desaparece como el corcel de la balada alemana?

Significa que hay en el castillo una imagen de piedra que nadie esperaba ver.

La Medusa habia visitado durante la noche el edificio para añadirle la única cabeza que faltaba á aquella noble morada hacía más de dos siglos: sobre la almohada del marqués reposaba la cabeza de un hombre despertado repentinamente, lleno de furor y petrificado en medio de su cólera. En el pecho de aquel hombre se halló un cuchillo clavado en mitad del corazón; en el pomo del cuchillo estaba sujeto un papel, y en aquel papel se leían estas palabras:

De parte de Jacobo.

CAPÍTULO X.

Dos promesas.

Algunos meses despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Carlos Darnay se hallaba establecido en Lóndres, en donde enseñaba el francés. Hoy se le llamaria profesor; en aquella época era sencillamente un maestro de lenguas. Tenia una academia destinada á los jóvenes que disponian de suficiente tiempo para cultivar una lengua viva, que se hablaba en todo el mundo, y procuraba por todos los medios imaginables difundir entre sus discipulos el gusto de la literatura francesa, cuyas bellezas ponía de relieve en la lengua inglesa más correcta.

En aquellos tiempos, semejantes maestros eran raros; los príncipes que un día debían subir al trono, no enseñaban aún las ciencias de que más tarde debían dar lecciones; los nobles, que estaban inscritos en el gran libro de Tellson, no se hallaban aún reducidos á dirigir una cocina ó ser carpinteros.

El joven maestro de lenguas, gracias al talento que poseía, á la extension de sus conocimientos y al encanto de su buena imaginacion y de sus modales, no tardó en darse á conocer. Hallábase, por otra parte, tan al corriente de los sucesos de su país, cada vez más interesantes, que este era un nuevo motivo para que se viese solicitado.

Si al venir á Lóndres hubiese creído llegar á amontonar tesoros, hubiera, sin duda alguna, experimentado una amarga decepcion. Pero habia pedido trabajo, lo habia obtenido, desempeñaba celosamente sus tareas y este era todo el secreto de su fortuna. Daba lecciones en la universidad de Cambridge, en donde se le toleraba que pasase como contrabando las riquezas de una lengua

moderna, en vez de introducir el griego y el latín con aprobación de la aduana académica. Estos trabajos universitarios absorbían una parte del tiempo que tenía disponible, y el resto lo consagraba á sus discípulos de Lóndres.

Sabido es que desde la época en que un perpétuo estío reinaba en el Paraiso, hasta nuestros dias, en que es muy raro que el invierno abandone estas decaidas latitudes, los hombres han obedecido invariablemente la ley que les obliga á enamorarse de una mujer; Carlos Darnay habia seguido la ley comun. Amaba á Lucia Manette desde el momento en que se vió expuesto á morir. Nunca habia oido una voz más dulce, más simpática; nunca habia contemplado un rostro más celestial ni sentido una emoción más profunda, que cuando al borde de la tumba, tropezaron sus ojos con los de la encantadora testigo, obligada á reconocerle y á deponer en contra suya.

Pero era un secreto que no habia confiado á nadie. Habia un año que el marqués habia muerto asesinado, al otro lado del Estrecho, y Carlos no habia dicho aún á miss Manette una sola palabra que pudiera hacerla sospechar el estado de su alma. Tenia para obrar así poderosas razones, cuya importancia conocia perfectamente.

Sin embargo, una noche Carlos Darnay, que acababa de llegar de Cambridge, se dirigió á la sala de los ecos, decidido á referir al doctor todo el secreto de su alma. Duraba aún la estación del invierno, y Lucia, á la caída de la tarde, acostumbraba á salir de paseo con miss Pross. Nuestro enamorado, que conocia esta circunstancia, halló á Mr. Manette solo en su habitación y leyendo junto á la ventana.

El doctor habia recobrado poco á poco toda la fuerza moral que le habia sostenido en los primeros tiempos de su encarcelacion, y que sólo habia servido para agravar

sus padecimientos y torturas. A veces, sin embargo, la energia que demostraba decrecia de pronto y reaparecia bruscamente, como le habia sucedido con las demás facultades, ántes de conseguir volver á su estado normal. Pero estas crisis habian sido siempre poco frecuentes y cada vez lo eran mucho ménos. Estudiaba mucho, dormia poco, soportaba fácilmente la fatiga, tenia el carácter igual y no carecia de buen humor. Al ver entrar á Carlos Darnay, dejó su libro y estrechó la mano del jóven.

—Celebro mucho el veros por aquí, le dijo: os esperamos hace ya muchos dias; los señores Stryver y Gar-tone decian ayer que permaneciais en Cambridge mucho más de lo regular.

—Mucho les agradezco el interés que por mi se toman, respondió Carlos con marcada frialdad. ¿Y miss Manette?... repuso al cabo de un instante.

—Se encuentra perfectamente, interrumpió el doctor. Ha salido á comprar algunas cosillas, pero no tardará en volver, y estoy segurísimo de que se alegrará mucho de veros por casa.

—Estaba en la persuasion de no hallarla aquí, replicó Darnay, y quiero aprovechar esta ocasion para que celebremos una pequeña conferencia.

—Acercáos y hablad, dijo el doctor despues de un momento y sin poder disimular cierto disgusto.

Carlos cogió una silla y se sentó en el sitio indicado, sin saber cómo abordar la cuestion.

—Hace diez y ocho meses, dijo por fin, que tengo la dicha de ser vuestro íntimo amigo, y esta circunstancia me permite creer que el asunto de que voy á hablaros...

—¿Pensais hablarme de Lucia? interrumpió Mr. Manette.

—Sí, doctor.

—Pues ese asunto es siempre muy penoso para mí, y os

confieso, Mr. Darnay, que me es sumamente sensible oír hablar de ella con el tono que vos empleais.

—Hablo de miss Manette con la más fervorosa admiración y con el más sincero amor, caballero, respondió Carlos con el mayor respeto.

—Lo creo y os lo agradezco, respondió el doctor.

Este tardaba tanto en responder, y lo hacia con tan visible repugnancia, que Carlos Darnay le preguntó con cierta vacilación si podia continuar.

El doctor hizo un signo afirmativo.

—Todo cuanto tengo que deciros, prosiguió el jóven, lo sabeis perfectamente; pero sólo podriais comprender el interés que tiene para mí este diálogo, conociendo de antemano los sinsabores y las amarguras de que está llena mi existencia. Yo amo á vuestra hija con un cariño tan respetuoso como vehemente, y no puede existir en el mundo un amor más profundo y más desinteresado que el que ella me inspira. Vos tambien habeis amado, doctor; recordad vuestro antiguo amor...

Mr. Manette habia vuelto la cabeza, y sus ojos estaban fijos en el entarimado de la habitación; al oír las últimas palabras del jóven, extendió la mano, exclamando:

—No hableis de eso, caballero, os lo suplico. ¡No, no traigais ese recuerdo á mi memoria!...

Su voz revelaba tanto dolor, que el eco de sus palabras resonó largo tiempo en los oídos de Carlos. Su mano se agitaba cerca del jóven como pidiéndole por favor que permaneciese silencioso.

—Dispensadme, murmuró al cabo de algunos minutos; yo no dudo del amor que profesais á mi hija; creedlo, Mr. Darnay...

Volvióse hácia Carlos, pero sin levantar la cabeza, apoyó la frente sobre su mano y permaneció así con el rostro oculto bajo sus cabellos blancos.

—¿Habeis hablado de eso á Lúcia? preguntó.

—No señor.

—¿Le habeis escrito alguna vez?

—Nunca.

—Comprendo que habeis hecho ese sacrificio por consideración á su padre; sería poco generoso el desconocerlo, y su padre os lo agradece.

Al decir estas palabras, el doctor tendió la mano al jóven, pero no apartó la vista del suelo.

—Yo, que os he visitado diariamente, sé muy bien que hay entre miss Manette y vos un cariño tan verdadero y tan profundo, por las circunstancias en que se ha desarrollado, que es imposible compararlo á la pasión más sublime que haya podido existir nunca entre un padre y una hija. Lo sé perfectamente, doctor; hay en el amor que os profesa Lucía una mezcla de ese profundo y tierno cariño que pertenece á la mujer, y del irreflexivo instinto y de la ciega confianza del niño. Ella os quiere, y vos teneis para ella un sagrado carácter cuyo prestigio no podriais perder de ningun modo. Al miraros recuerda á su madre y os consagra el doble cariño que debía profesar á entrambos. Sufre con vuestras desgracias, bendice al cielo por haberos concedido vuestra libertad, y todo esto aumenta el cariño que le inspirais; yo lo comprendo, y he pensado en ello dia y noche desde el momento en que tuvisteis la bondad de admitirme en vuestra casa.

Mr. Manette permaneció silencioso; su respiración se hizo más viva, pero no dió, sin embargo, ningun otro signo de los sentimientos que agitaban su alma.

—Y porque sabia eso, doctor, y porque yo mismo veía en vuestra frente la aureola del martirio, es por lo que me he abstenido de hablar todo el tiempo que mi valor me lo ha permitido. Yo comprendia, y sigo comprendiendo, que interponer mi amor entre el padre y la hija era casi un crimen; pero la amo demasiado y no me es posible callar.

—Ya habia yo supuesto todo eso, dijo tristemente el antiguo cautivo.

—No creais, replicó Cárlos, que si yo llegara á ser su esposo, abrigaria un solo momento el propósito de separaros de vuestra idolatrada hija. Además, esto sería imposible, áun suponiendo que yo tuviese la crueldad de intentarlo. Pero no temais nada, doctor, añadió cogiendo la mano de Mr. Manette, yo no puedo pensar en semejante cosa. Expulsado, como vos, de Francia por sus locuras y sus miserias; viviendo, como vos, de mi trabajo y confiando en un porvenir más dichoso, no tengo más ambicion que la de sentarme á vuestro hogar y seros fiel hasta la muerte. Léjos de pensar en arrebatáros vuestra hija, pretendo sólo compartir con ella los cuidados que os procura, unirme á ella para aumentar vuestra dicha y estrechar, si es posible, los lazos que hoy os unen.

Despues de estrechar la mano del jóven, el padre de Lucia alzó la cabeza por primera vez desde que habia comenzado la conferencia. Su rostro reflejaba la lucha que sostenia su alma, y parecia querer retratar la duda y el espanto. Hizo, sin embargo, un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo con tranquilidad y dulzura:

—Yo os lo agradezco todo, Cárlos Darnay; vuestras palabras son á la vez dignas y conmovedoras, y debo hablaros con suma franqueza. ¿Teneis algun motivo para creer que Lucia os ama?

—Hasta ahora, ninguno.

—¿Me habeis hablado de esto para poder saber á qué atenernos sobre el particular?

—No, doctor; al venir aquí, no llevaba hasta ese punto mis pretensiones; pero creo, no sé si con motivo para ello, que me permitireis desde mañana hacer todo lo posible para averiguarlo.

—¿Me pedis un consejo?

—No lo pido, doctor. Deseo únicamente que hagais en obsequio mio todo cuanto os parezca conveniente.

—¿Habeis venido en busca de una promesa?

—Sí, doctor.

—Explicáos.

—Sé perfectamente que sin vuestro auxilio tendré que desechar toda esperanza, y que áun cuando miss Manette me tuviese algun cariño, lo cual estoy muy léjos de suponer, renunciaria á él ántes que contrariar la voluntad de su padre.

—Siendo eso así, tambien es cierto que podria producirse el efecto contrario. ¿No habeis pensado en esto?

—Fácil es comprender que una palabra salida de vuestros lábios en favor de un amante cualquiera, ejerceria grande influencia en sus sentimientos, y tal vez vuestros deseos lograsen sobreponerse á los suyos. Por esta razon, doctor, y áun cuando va en ello mi vida, no os pido que pronuncieis esa palabra.

—No lo dudo, Mr. Darnay; pero existen á veces, áun entre las personas más intimamente ligadas, ciertos impenetrables misterios que nacen precisamente de su extremado cariño, y yo ignoro de todo punto el estado del corazon de Lucia.

—Permitidme una pregunta, caballero. ¿Creeis que miss Manette sea...

—¿Solicitada por alguién?

—Eso es lo que yo queria decir.

—Aquí habeis visto á Mr. Cartone, respondió el doctor despues de reflexionar un momento; Mr. Stryver viene tambien algunas veces; ¡como no sea uno de esos dos señores! .

—Es que tambien podrian ser los dos.

—No lo creo, y hasta es probable que ninguno de ellos haya pensado en semejante cosa. Pero ¿de qué promesa me hablábais?

—Si vuestra encantadora hija llega un día á hablaros de este asunto, prometedme, doctor, referirle mis palabras y decirle que las habeis juzgado sinceras. Creo haber merecido bastante vuestra estimacion para esperar que no me malquistareis con ella; esto es todo cuanto os pido; imponedme, en cambio, cuantas condiciones querais, en la seguridad de que las acepto desde luego, sin reservas de ningun género.

—Yo os prometo hacer lo que me pedís, y lo haré sin condicion alguna; creo firmemente todo cuanto me habeis dicho, y estoy persuadido de que no intentareis, de ningun modo, romper los lazos que me unen á esa idolatrada prenda de mi alma. Si ella me dice que podeis contribuir á su dicha, yo os concederé su mano, mister Darnay.

El jóven se apoderó de la mano del doctor, y la estrechó con verdadera efusior.

—Aun cuando hubiese preocupaciones justificadas y graves motivos de antipatia contra el hombre á quien ella amase, todo lo daria al olvido en nombre del cariño que la profeso. Lúcia es todo para mí: ella ejerce en mi alma más influencia que mis recuerdos y mis dolores; ella significa para mí mucho más que... ¡Pero á qué hablaros de esto!...

Su voz se apagó de un modo extraño, fijó la vista en el vacío, y Cárlos Darnay sintió helarse repentinamente la mano que oprimia entre las suyas.

—¿Qué me deciais? repuso Mr. Manette sonriendo, ¿de qué estábais hablándome?

Cárlos, que en un principio no supo qué contestar, recordó haber manifestado el deseo de someterse á una condicion, en cambio de la promesa que acababa de hacerle el padre de Lucía.

—La confianza que me dispensais, dijo al doctor, debo pagarla de algun modo. Ya sabeis que el apellido que lle-

vo hoy, áun cuando es muy parecido al de mi madre, es un apellido supuesto. Yo deseo que sepais á qué familia pertenezco, y por qué...

—¡No prosigais! exclamó el médico de Beauvais.

—Sin embargo, yo quiero merecer vuestra confianza no ocultándoos ninguno de mis secretos.

—¡Yo os suplico que no habeis más de eso!...

El doctor, que al principio se habia tapado los oidos con las manos, las cruzó luego sobre los lábios del jóven.

—Ya me referireis eso más tarde, cuando yo os lo pregunte, ahora nó. Si ella os ama, habládme de ese particular un momento ántes de celebrarse la boda. ¿Me prometis formalmente hacerlo así?

—Podeis contar con mi palabra.

—Dejad que estreche vuestra mano; Lucía debe llegar de un momento á otro, y conviene que no nos vea juntos. Quedad con Dios, buenas noches.

El sol acababa de desaparecer del horizonte cuando Darnay se alejó, y ya era completamente de noche al regresar miss Manette. Esta se dirigió apresuradamente al salon y extraño no hallar en él al doctor.

—¡Padre mio! exclamó en voz alta.

No obtuvo ninguna respuesta, y sólo oyó en la sala el ruido sordo de un martillo. Entónces huyó espantada, pero volvió de nuevo á la habitacion, golpeó suavemente la puerta y llamó en voz baja á su padre. El ruido cesó en aquel mismo momento, su padre salió á recibirla, y ambos pasaron silenciosamente por la habitacion hasta una hora muy avanzada. A media noche, la jóven se levantó y fué á visitarle; su padre dormia profundamente, y el banquillo, la esportilla y el zapato á medio concluir, se hallaban nuevamente colocados en su sitio.

CAPÍTULO XI.

Una confidencia.

Mr. Stryver decia aquella misma noche á su chacal: —Sydney, prepara un nuevo ponche; tengo que hablar-te de un asunto.

Sydney habia trabajado á todo vapor como las noches anteriores, con objeto de poner en órden los papeles de abogado y preparar para la apertura de los tribunales todos los asuntos de que éste se hallaba encargado. La tarea estaba ya terminada: todo lo atrasado habia quedado al día, y el referido abogado libre de toda preocupacion hasta que el mes de Noviembre, con sus nubarrones atmosféricos y legales, volviese á traer la molienda al molino.

Todas aquellas noches triplemente laboriosas, no habrian logrado que Cartone fuese más vivo ni más sóbrio. Unicamente á fuerza de tohallas mojadas y de continuadas libaciones habia podido salir del paso; así es que cuando se quitó su turbante y lo arrojó á la palangana, en que durante seis horas lo habia mojado repetidas veces, hallábase nuestro hombre en un estado verdaderamente deplorabile.

—Vaya, ¿te decides á hacer ese ponche? le dijo Stryver, siempre con las manos en las caderas y tendido sobre el diván.

—Sí, ya lo estoy preparando.

—Bueno, pues escúchame; tengo que decirte una cosa que ha de sorprenderte y que tal vez te haga creer que no soy tan listo como habias creído hasta ahora: voy á casarme, Sydney.

—¿Tú?

—Sí, y no por cuestion de dinero. ¿Qué te parece?

—¡Nada! ¿Y quién es ella?

—Adivinalo.

—¿Pero la conozco yo?

—Adivinalo.

—No me es posible adivinar nada á las cinco de la mañana, teniendo la cabeza como una olla de grillos: Si quieres que adivine tus enigmas, convidame á comer.

—Entonces voy á hablarte sin rodeos, dijo Stryver incorporándose en su diván; creo, sin embargo, que no podrás comprenderme, porque eres tan insensible!

—Y tú, respondió Cartone continuando la preparacion del ponche, tienes un corazon tan tierno y eres un hombre tan sentimental!

—Vamos, replicó Stryver riéndose con cierta satisfaccion; aun cuando no soy romántico, porque mi instruccion y mi talento me lo impiden, no por eso dejo de ser mucho más impresionable que tú.

—En verdad que eso es lo que se llama tener suerte.

—Impresionable no es la palabra; quiero decir que yo soy más...

—Más galante. ¡Vamos hombre! no tengas ningun reparo en decirlo.

—Eso es precisamente. Quiero decir, continuó Stryver con aire de importancia, que yo ando por el mundo más que tú y que conozco mucho mejor que tú la manera de agradar á las mujeres.

—Adelante, respondió Cartone.

—Antes de continuar, respondió el abogado moviendo la cabeza con su habitual aplomo, quiero tratar la cuestion á fondo. Tú has sido recibido en casa del doctor Manette tantas, ó acaso más veces que yo: ¿en qué consiste que he tenido que avergonzarme siempre del aire pacato que adoptas en esa casa? Con tu taciturno silencio y tu rostro compungido, pareces allí, como si dijéramos, un

perro sin dueño. Te aseguro, Sydney, que todo eso me produce la misma vergüenza que á ti debiera causarte.

—El tener vergüenza es cosa que conviene sobremañera á un letrado, replicó Sydney; por consiguiente, debes agradecerme el que yo te haya enseñado á avergonzarte.

—No impedirás con tus interrupciones el que yo manifieste todo cuanto me propongo manifestar. Yo, como amigo, debo decirte, y te diré cara á cara, por tu propio interés, que no entiendes una palabra de los usos del mundo y que haces en él la figura más grotesca que han visto los nacidos.

—Cartone se echó á reír y sorbió un trago del ponche que estaba preparando.

—Tómame á mí por modelo, prosiguió el abogado adoptando una postura pretenciosa; yo, con la posición y la forma que tengo, podría, con mayor facilidad que tú, dejar de ser amable, y sin embargo no perdono medio de serlo siempre.

—Pues nunca te he visto en uno de esos momentos, respondió Cartone.

—Por consiguiente, no obro así por necesidad, sino por sistema, continuó Stryver, y de este modo es como voy avanzando.

—Pero no en el relato de tus proyectos matrimoniales, replicó Sydney con aire despreocupado; no estaría demás que abordases ya el asunto, porque, en cuanto á mí se refiere ¿no has comprendido aún que soy incorregible?

—Pues haces mal; eso no te tiene maldita la cuenta, dijo el abogado con tono regañón.

—Todo me importa tres cominos. Conque vamos, ¿con quién te casas?

—Mucho sentiría, Sydney, que te fuese desagradable la noticia, repuso el abogado á guisa de precaución oratoria. Tú no sabes nunca lo que dices, y cuando por casualidad meditas tus palabras no logras, así y todo, dar ma-

yor importancia á tu opinión. Te dirijo este pequeño exordio porque me has hablado en otro tiempo de esta joven en términos muy lisonjeros.

—¿Yo?

—Aquí en esta misma habitación.

Sydney Cartone miró alternativamente el ponche y el rostro de su amigo, bebió un vaso del líquido abrasador y contempló nuevamente al abogado.

—Tú has tratado á esa joven de muñeca de dorados cabellos, y por este solo dato comprenderás que se trata de miss Manette. Si tú tuvieses cierto tacto y cierta delicadeza con las mujeres, tal vez me hubiesen ofendido esas insultantes palabras; pero como careces de discernimiento y de sensibilidad, nada me importa tu opinión respecto de mi futura, como tampoco supondría nada para mí la opinión de un hombre que, teniendo mal oído, se permitiera criticar la música que yo hubiese escrito.

Sydney Cartone continuaba bebiendo vasos de ponche, sin dejar por eso de contemplar á su amigo.

—Ya estás, pues, enterado de mi secreto, prosiguió el abogado. Yo no soy apegado á la cuestión de intereses. La muchacha es encantadora, y estoy decidido á no privarme de este autojo, puesto que dispongo de los suficientes medios para satisfacer mis caprichos. Ella tendrá en mí un hombre formal, que progresa rápidamente y que no deja de tener algún mérito, y todo esto es para ella una verdadera ganga; verdad es que la chica se lo merece. ¿Conque te sorprende la noticia?

—Ni pizca, respondió Cartone sin dejar de beber.

—¿Y te parece bien?

—¿Y por qué no ha de parecérmelo?

—Veo que tomas la cosa con más calma de lo que yo me esperaba, y que los asuntos míos te interesan cada vez menos. Pero ya conoces la decidida tenacidad que me caracteriza y sabes que todas cuantas observaciones pu-

dieras hacerme serían completamente inútiles. Si, Sydney, quiero cambiar de método de vida; empiezo á comprender que debe ser muy agradable el tener una casa en donde pueda uno entrar cuando le dé la gana (además, ¡es tan fácil entrar en otra cualquiera cuando uno se aburre en la suya!), y me he persuadido de que mister Manette es una mujer que me conviene por todos estilos; ella es digna de ocupar una elevada posicion y hará honor á un hombre como yo; por consiguiente, estoy firmemente decidido á llevar á cabo este enlace. Ahora, pobre Sydney, querido y antiguo amigo mio, hablemos algo de tu porvenir. Tú estás en una situacion muy mala, rematadamente mala—esto no necesita demostracion;—tú eres incapaz de dirigir convenientemente tus asuntos; tú no conoces lo que vale el dinero; tú vives muy mal y con muchísimo trabajo; el día ménos pensado se agotarán tus fuerzas, te encontrarás lleno de achaques y sumido en la miseria; por lo tanto, es completamente indispensable que te procures una enfermera.

El aire de proteccion que habia tomado al dar este consejo, le hacia aparecer doblemente más grueso é insolente que de costumbre.

—Haz caso de lo que te digo, prosiguió el abogado. Yo he examinado las cosas perfectamente; ten confianza en mí; ya que no has querido imitar en un todo mi conducta, sigue mi ejemplo: cástate, procúrate una persona que te cuide. No me hables de la repugnancia que te inspiran las mujeres, ni de la mala suerte que tienes con ellas, ni de tu poco tacto y escaso talento; busca una infeliz, sin que se te dé un comino de lo que te falta; echa por ahí el gancho á alguna viuda respetable que tenga alguna tierrecilla, ó una posada, ó una casa, ó alguna renta, y cástate para evitar la miseria. Eso es, ni más ni ménos, lo que te conviene, amigo mio, y debes conseguirlo á toda costa.

—Ya lo iré pensando, dijo Cartone.

CAPÍTULO XII.

Un hombre lleno de delicadeza.

Mr. Stryver, despues de adoptar la magnánima resolucion de dispensar á miss Manette el honor de casarse con ella, decidió participarle tamaña fortuna ántes de la época de las vacaciones de los tribunales. Despues de discurrir un momento, creyó obrar prudentemente terminando desde luego los preliminares, sin perjuicio de dejar á su antojo el celebrar la boda al inaugurarse los debates judiciales ó durante las fiestas de Navidad. No dudó ni un sólo instante del buen éxito de su empresa. En cuanto á las ventajas materiales del asunto, únicas que podrian inquietarle, las consideraba como cosa llana y corriente: él se presentaba, el abogado de la jóven renunciaba á la palabra, los jurados no tenian siquiera necesidad de deliberar, y el veredicto tenia que ser irremisiblemente favorable.

El mismo día en que quedaron cerrados los tribunales, Mr. Stryver escribió á miss Manette proponiéndola conducirla á Vauxhall; esta proposicion fué desechada; poco tiempo despues repitió la invitacion con respecto á Ranelagh; no habiendo sido más afortunado que la vez anterior, decidió presentarse en casa de la jóven y comunicarle la noble resolucion que habia adoptado. Quien le hubiese visto ostentando su alegre rostro al dirigirse á la morada del doctor, quien hubiese contemplado su arrogante marcha, sin hacer maldito el caso de los transeuntes, hubiera adivinado que iba seguro de su triunfo y riéndose de antemano de cualquier obstáculo que pudiera oponerse á sus planes.

Al pasar por delante de la casa Tellson, ocurriósele entrar en las oficinas y revelar á su amigo Mr. Lorry el ri-